

## “Un columpio en el jardín”

Era el amanecer del octavo día; el aire era irrespirable, una humo denso, pestilente y oscuro como el aliento de la muerte se arrastraba por las calles de la ciudad, trepando las tapias de los patios y deslizándose bajo las puertas de las casas. La muerte había llegado a la ciudad y con ella el dolor, la desesperación y la ansiada venganza.

Hacía más de una semana que las hordas descontroladas y sanguinarias de los Nighthaunt habían llegado hasta las murallas, desplegando sus corrompidas fuerzas alrededor de todo el perímetro, cortando la huida de sus aterrorizadas gentes, sitiándoles dentro como ratas en un barco que se hunde. Los sacerdotes les abandonaron mucho antes de su llegada. En cuanto percibieron el gélido aliento de la muerte flotando en el aire con la primera brisa de la mañana, recogieron sus escasas pertenencias, sus libros sagrados y sus báculos y huyeron por la puerta trasera sin volver la vista atrás, dejando a su pueblo desamparado, confiado a su propia suerte. De todas maneras, su presencia no habría cambiado el curso de la batalla, su poder ya no era el de antaño; desde el infausto día del Gran Cataclismo apenas eran capaces de conjurar su poder para que obedeciera sus propios deseos, no eran más que un puñado de viejos a los que la razón y la magia habían abandonado a partes iguales y el pueblo poco a poco había dejado de acudir a ellos en busca de ayuda o consejo.

Habían transcurrido veinticuatro horas desde que las últimas defensas de la ciudad habían caído y el último de los soldados había sido devorado por la oscuridad y desde entonces los gritos no habían cesado de resonar en cada esquina y en cada plaza de la ciudad. Gemidos, lamentos y aullidos, algunos de dolor, otros de miedo, pero todos ellos impregnados de una angustia y un sufrimiento que solo la certeza de la condena eterna es capaz de arrancar. Junto con los lamentos, el hedor y la sangre, la peste negra se extendía por los callejones en venenosos zarcillos; un vapor nauseabundo, helado y mortal exudado por los cuerpos putrefactos de los Condenados y expelido por el aliento de las Huestes.

Brylla se apresuraba en cerrar la cancela del patio de la casa en la que había vivido su familia durante generaciones, aunque bien sabía que el mal que invadía esas tierras no podía ser rechazado por esa mundana barrera. Todos la habían abandonado, primero su padre, después su marido, y por último los sacerdotes; pero lo que había corroído la esperanza de los hombres y doblegado su espíritu fue la ausencia de los Stormcast, ni un Sequitor, ni un Castigator había aparecido para presentar batalla. No habían llegado a

tiempo. Los hombres, las mujeres y los niños habían tenido que luchar solos, hombro con hombro, librando una batalla que estaba perdida de antemano, hasta que la locura se apoderó del último de ellos.

Había llorado durante ocho días, pero ya no tenía tiempo de seguir lamentando su suerte, en pocas horas, minutos quizás, estarían en la puerta de casa y tenía que poner a salvo a Reyzor y Axla antes de su llegada, eran lo único que le quedaba. Reyzor llevaba a Axla en brazos, pues la pequeña era muy lenta y estaba demasiado asustada para moverse con rapidez. Les hizo meterse en el pequeño cobertizo del jardín, acurrucados el uno sobre el otro, junto con una bolsa de provisiones, mantas y una lámpara de aceite y dándoles un rápido beso de despedida cerró la puerta, tapando la entrada con las ramas del rosal que crecía bajo la cancela para ocultarlo por completo de la vista de un desconocido.

Tan solo dudó un momento, echando una furtiva mirada atrás, antes de entrar en el que fuera su hogar por última vez, cerró la puerta a su espalda y se dirigió al desván atravesando las sombras y el silencio de la estancia. Cuando abrió la ventana del último piso el escaso aliento que le quedaba en los pulmones escapó de sus labios y apenas fue capaz de inspirar de nuevo. La ciudad se hundía en un miasma negruzco y viscoso, un fluido que era a la vez gas y al mismo tiempo líquido, que salpicaba las paredes de las casas y corría por las calles en un continuo torrente que se expandía con rapidez, alimentado con las almas que se afluían a él, engrosando su caudal. La sangre corría roja y brillante en delgados riachuelos, relleno las grietas del pavimento y formando charcos de aspecto oscuro y espeso. Los alaridos que llegaban a sus oídos eran espeluznantes y la piel de todo su cuerpo se erizó, anticipando lo que estaba por venir. Era fácil distinguirlos moviéndose por los patios de las casas y en los callejones; figuras descarnadas, putrefactas o incorpóreas, pero terribles y crueles al mismo tiempo. No había dejado de escuchar el ruido de sus grilletes y cadenas.

El momento había llegado y las lágrimas rodaban de nuevo por las mejillas de Brylla, pero ella no se dio cuenta; trepó al tejado, donde el fuerte viento comenzó a jugar con su pelo del color del cobre, alborotando sus largos mechones en todas direcciones y secando sus húmedas mejillas, y saltó, cerrando los ojos para no ver el final. Podrían devorar su carne y lamer sus huesos, pero su alma sería para Sigmar.

La Horda de la Ejecución avanzaba con paso raudo pero desigual por las calles vacías, les precedían los aullidos y les seguía el monótono arrastrar de cadenas de los Condenados. Entraban en cada casa, en cada establo y miraban bajo cada cama, atraídos

por el olor de los cuerpos humanos y por el sabor de su miedo. Al anochecer no quedaría ni un alma sin condena.

El Chainrasp se desvió del resto del grupo y se detuvo frente a la cancela de una casa de tres pisos. Hizo señal a la horda para que le siguiera al interior y traspuso la puerta; se encontró en un cuidado jardín con amplios rosales rodeando su perímetro, un parterre de flores bajo las ventanas del primer piso y en el centro un oxidado columpio, que se mecía suavemente movido por los invisibles pies del viento. Rodearon la casa y hallaron un cadáver desmadejado en la entrada principal, abandonado sobre un charco de su propia sangre; aún caliente pero inservible a sus designios. El resto de la casa estaba vacía. La horda siguió su camino tras la estela de los aullidos de los Devoradores pero el Chainrasp se detuvo, atraído por el rítmico vaivén del columpio del jardín.

Aquel lugar le resultaba familiar, el chirrido estridente de la cadena, el exuberante color de las flores y su nauseabundo olor, y por último la mirada vacía de esos ojos opacos, que parecían mirar directamente a su putrefacto rostro. Todo aquello luchaba por traerle un recuerdo remoto y enterrado. Un pedazo de su pasado que había sido sepultado junto con los despojos de su maltratado cuerpo y cubierto con una pesada lápida y que resurgía ahora de entre la tierra ponzoñosa que le había devuelto a la vida y clamaba por revelar su secreto.

Paseó por el jardín despacio, deteniéndose en todos los rincones, paladeando el residuo de vida que impregnaba todo el lugar y que poco a poco sucumbía bajo el gélido aliento de la muerte ineludible; y de pronto lo supo. Delante de él vio a un apuesto joven que reía a carcajadas mientras empujaba el asiento de madera del columpio, sobre el que se sentaba una hermosa niña de largos cabellos cobrizos. Reconoció esa larga melena y, cuando la pequeña se giró, alzando sus oscuros ojos hacia el rostro de su padre, que era el suyo propio, reconoció en ellos la mirada perdida del cadáver. La visión desapareció pero el recuerdo permaneció con él, torturándolo, abrasándole por dentro como brasas al rojo vivo; si hubiera podido gritar habría aullado como un animal herido de muerte, pero ese era otro de los placeres que le habían sido vedados. Quiso reír la broma, dejarse arrastrar a una benevolente locura, pero no recordaba cómo se hacía; el Gran Nigromante era un apasionado de esta clase de burlas despiadadas, recordó, y enseguida comprendió que nada de aquello sucedía por casualidad.

Sabía lo que tenía que hacer y mientras trataba de recordar cuál era el regusto de la bilis en la boca, alzó su herrumbroso puñal y se dirigió al refugio que una vez construyó para su hija. Apartó el rosal y abrió la portezuela de madera, como tantas otras veces hizo

en el pasado, y fue recibido por los gritos de los niños, que le recordaron la melodiosa voz de su pequeña Brylla. Cuando los gritos de los niños se tornaron en súplicas y después en aullidos de dolor, la hedionda niebla descendió sobre ellos, acallando las voces y borrando los recuerdos.